

de todo sufrimiento se halla en relación directa de la conciencia del mal, no pueden sostenerse con buena fe las acomodaticias teorías del vicio de quejarse y de la falta de agradecimiento á los que muy frescamente se manifiestan nuestros protectores y civilizadores, cuando en realidad no hacen otra cosa que resistir todo progreso y defender bastardos intereses.

Y he aquí que no bien iniciamos la cuestión social se nos revela en seguida toda la magna cuestión, con su grandioso problema: *el derrumbamiento de esta sociedad que nos hace sufrir demasiado, y el levantamiento de una mejor constitución social.*

Fácilmente llegamos á esta conclusión por deducción natural y lógica; pero, ¿cómo? ¿por qué medios? ¿de qué manera? Y surge la duda, la diferenciación de criterio y el continuo batallar entre escuelas y sistemas. Es por esto que cautiva á todos el estudio de la *Sociología*, que quiere profundizarse hasta el extremo límite; porque si bien la aspiración es concreta, conocido el mal, se divaga en las soluciones y en el método para realizarlas.

No es ciertamente una inconveniencia la diversidad de criterios ni la constante controversia en asunto tan grave, pues la luz se hace contrastando todas las opiniones y aquilatando todos los razonamientos; y á ello debemos que las ciencias sociales hayan llegado á la altura en que se encuentran; lo que es sensible es que el apasionamiento llegue hasta el encono, por más que sea muy explicable que en estas materias se traspasen los límites de la cordura, porque cada uno créese en la posesión de la verdad, y dúdase de la sinceridad del contrincante, cuando, imparcialmente juzgando, lo que sucede es que, en la complejidad del problema social y en las varias fases que ofrece la naturaleza humana, ya por efectos atávicos, ya por afectos y pasiones mal definidos, cada individuo lo interpreta todo á su modo, y unos creen alcanzar de un salto la cumbre, porque se consideran preparados para ello, y otros se entretienen en solucio-

nes intermedias, que á los ojos populares se juzgan como definitivas.

A pesar de que muévense muchos egoísmos en todas las escuelas y sistemas, que deben descartarse en el campo de la filosofía y de la ciencia, no puede menos que reconocerse que todos pretenden afianzar en la naturaleza y en la ciencia sus ideales redentores, y es innegable también que algo hay en todos de verdad y de exagerado; y que la gran obra á hacerse es que un sesudo eclecticismo recopile de todos lo que con la naturaleza y la ciencia se halle conforme, prescindiendo de cuanto no esté de acuerdo con ellas, y así plantear las bases científicas de la sociedad humana.

Desde este punto de vista se nos ofrece vastísimo campo, de horizontes ilimitados, en que los más concienzudos obreros de la ciencia tienen labor inacabable; y que, sin embargo, á eso debe llegarse, si se quiere presentar despejado el camino que ha de conducirnos á la emancipación social.

Por otra parte, los grandes obstáculos que hay que vencer para que la verdad resplandezca en esa senda redentora no son, por cierto, la diversidad de medios y las distintas y aun opuestas soluciones propuestas que dividen á la parte de la sociedad, mayormente del proletariado, dispuesta á seguir adelante, porque, de todas suertes, anda y prosigue su marcha; la gran valla que se interpone á todo progreso no es más que una: la ignorancia.

Esa es la gran enemiga que hay que combatir á todo trance; es ella la que exige el mayor trabajo, el concurso de las más preclaras inteligencias, reduciendo todas las conquistas científicas á concretas fórmulas, fáciles de penetrar en esos cerebros obtusos que han absorbido todos los absurdos y todas las preocupaciones, ya procedan de las bárbaras edades, ó por efecto del constante esfuerzo de cuantos tienen interés, para la satisfacción de groseros apetitos, en que se mantenga esa ignorancia y la luz no se haga, presintiendo su anulación.